

quaderns de pastoral

número 162 - Novembre 1997 **1**



Dues reflexions del màxim interès

- *Aproximación panorámica a la espiritualidad de los presbíteros*
Juan María Uriarte, bisbe de Zamora
- *Reptes pastorals a Catalunya, avui*
Josep Maria Rovira Bellosó, teòleg

quaderns



• DUES REFLEXIONS DEL MÀXIM INTERÈS

PÒRTIC	3
--------------	---

APROXIMACIÓN PANORÁMICA A LA ESPIRITUALIDAD DE LOS PRESBITEROS. <i>Juan María Uriarte</i>	5
--	---

I. Las carencias espirituales del presbítero en nuestros días	6
II. Rasgos importantes de una espiritualidad hoy	10
III. Tareas para los arciprestes	15

REPTES PASTORALS A CATALUNYA, AVUI <i>Josep Maria Rovira Belloso</i>	27
---	----

I. Reptes procedents del món i de la societat desenvolupada	28
II. Reptes procedents de la mateixa estructura i vida eclesials	31

QUADERNS DE PASTORAL

Revista del Centre d'Estudis Pastorals

Rivadeneyra 6, 3r - Tel. 317 48 58 - Fax 302 51 09 - 08002 Barcelona

Director: Francesc Pardo

Redactor en cap: Manuel Simó

Consell de redacció: Lluís Bonet, Felip Cuadra, Pere Dalmáu, Antoni Deulofeu, Teresa Huguet, Francesc Mestre, Xavier Morlans, Josep Pausas, Pim Queralt, Ignasi Ricart, Genís Samper i Josep Taberner.

Impressió: I.G. Santa Eulàlia - Santa Eulàlia de Ronçana - Dipòsit legal: B-25.506/1969
Amb llicència eclesiàstica

Subscripció anual (6 números): 5.000 ptes.

Els articles publicats a Quaderns de Pastoral expressen solament l'opinió de llurs autors.



**quest número de Quaderns de Pastoral
voldria ser un petit regal de Nadal
als nostres lectors i lectores,
col.laboradors i col.laboradores.**

Ens explicarem:

***Creiem que les dues reflexions que s'inclouen
en aquestes planes mereixen una difusió més
àmplia que el nombre d'exemplars habitual
de la nostra publicació. Per això,
n'hem fet una distribució massiva i gratuïta.***

***Aproximación panorámica a la espiritualidad
de los presbíteros és una reflexió presentada
pel bisbe Juan María Uriarte a la reunió
d'arxiprestos de la diòcesi de Barcelona
els dies 29 i 30 de setembre d'enguany.***

***Reptes pastorals a Catalunya, avui, és el text
de la lliçó inaugural del curs 1997-1998
del Centre d'Estudis Pastorals de
les diòcesis catalanes, que va tenir lloc
el 20 d'octubre, a càrrec del teòleg emèrit de
la Facultat de Teologia de Catalunya,
Josep Maria Rovira Belloso.***

***Als dos autors el nostre reconeixement i
agraïment més sincers, i per a tots vosaltres
el nostre millor desig que aquestes aportacions
us siguin profitoses.***

Aproximación panorámica a la espiritualidad de los presbíteros

JUAN MARÍA URIARTE, bisbe de Zamora.

Introducción

Un reciente estudio de la Conferencia Episcopal elaborado por varios expertos formula estas dos afirmaciones:

La salud integral del clero (y específicamente su salud espiritual) es aceptable. Parece resistir con ventaja una comparación con otras épocas recientes y lejanas. La caridad apostólica, la vida orante, la pobreza, la opción célibe son en muchos casos un intento honesto y un logro aceptable.

La salud integral del clero (y específicamente su salud espiritual) es *delicada*. Nos encontramos *«internamente poco equipados y externamente poco acompañados en nuestra vida y ministerio»*. El clero diocesano no tiene satisfactoriamente cubiertas todas sus necesidades básicas. En otras palabras: adolece de unas carencias importantes que vamos a identificar en este encuentro. Tales necesidades o carencias nos permiten hablar de una crisis global y espiritual, con tal que entendamos esta palabra en su justo alcance.

1º. La crisis no es excepcional, sino compartida y, en buena medida, inducida. Son la sociedad y la iglesia

las que viven hoy condiciones de intemperie y desvalimiento. El presbítero es felizmente una membrana sensible a cuanto sucede en la iglesia y, en menor grado, a cuanto sucede en la sociedad. Resultaría alarmante que en una época de mutaciones sociales y eclesiales tan profundas, el presbítero fuera un “mar de los sargazos” ajeno a la agitación del océano al que pertenece.

2º. La misma condición intensamente secular del presbítero diocesano le exige vivir a la intemperie. No *«en el seno de la bahía»*, sino *«donde rompe el viento»*. En otras palabras: allí donde están realmente vigentes los problemas de la vida cívica y eclesial. En la intemperie las crisis son más frecuentes y más intensas.

3º. Una mirada en profundidad nos hace descubrir que la situación uncomfortable que vamos a describir no es *«un paisaje puramente presbiteral»*. Es la traducción a la condición presbiteral de esta *«situación uncomfortable»* que es el hombre mismo. Debajo de los contornos concretos que dicha situación adquiere en los presbíteros laten carencias y aspiraciones profunda y universalmente humanas. Es el hombre mismo, siempre inadaptado, siempre insatisfecho, quien emerge y se revela a través de ellas.

En las dos exposiciones de esta tarde, me propongo proceder por estos tres pasos consecutivos:

- identificaremos algunas de las *necesidades* principales de las que adolece la espiritualidad presbiteral;

- recogeremos algunos *rasgos* importantes que ha de cultivar dicha espiritualidad en la situación presente, y

- apuntaremos algunos *servicios* que hemos de ofrecer para responder a estas necesidades y afianzar estos rasgos.

I. Las carencias espirituales del presbítero en nuestros días

1. Una espiritualidad inespecífica

La espiritualidad presbiteral tiene un fondo básico común a las diferentes espiritualidades: la laical, la monacal, la religiosa. Pero tiene un perfil propio que impregna y colorea toda la vida espiritual de los presbíteros.

Un cura no es un monje; su espiritualidad no debe ser monacal. Un cura no es un laico; su espiritualidad no puede ser laical. Un cura no es un religioso; su espiritualidad no debe ser igual a la de un religioso. Entre la teología del ministerio y la espiritualidad del presbítero debe existir una sintonía. Existe toda una espiritualidad estimuladora y exigente que nace de la teología del ministerio. Esta es la espiritualidad propia del sacerdote secular. Ella no es “pariente pobre” de ninguna otra espiritualidad. Es capaz de conducir al presbítero a una verdadera radicalidad evangélica. Cuando es

bien conocida y asumida, se convierte en fuente de gozo para los sacerdotes. El gozo auténtico es siempre señal de unidad interior. En este caso revela la unidad entre ministerio pastoral y vida espiritual. No es adecuada para el presbítero cualquier espiritualidad por recia y evangélica que sea. Hay una manera sacerdotal, laical, religiosa y monacal de vivir la radicalidad evangélica.

Esta manera específica de vivir la radicalidad evangélica está hoy formulada de manera profunda y actualizada. Pero no ha pasado aún a la sangre de muchos presbíteros. No ha transformado y sellado su manera de esperar, de amar, de ser pobres, de ser célibes, de orar.

2. Escasa adaptación a la coyuntura social

La bella imagen teológica y la pobre imagen sociológica que el presbítero tiene frecuentemente de sí mismo son no sólo diferentes, sino en muchos rasgos, contrapuestas. La primera lo valoriza; la segunda puede abatirlo.

De tres maneras deficientes puede el presbítero deshacer o suavizar esta *aporía* en la vivencia concreta de su espiritualidad. La primera infravalora la imagen teológica y llega a preguntarse si no será una teoría exagerada que encubre un deseo de asignarse un puesto, siquiera imaginario, en la sociedad. La segunda se encasilla en la imagen teológica y subestima la imagen sociológica como puro fruto de la incompreensión del mundo. La tercera se instala en una ambivalencia que le

permite transitar de una imagen a la otra según cambiamos de espacio. Podemos, por ejemplo, cultivar la imagen teológica cuando oramos y la sociológica cuando conversamos confidencialmente con nuestros colegas. Tal vez las palabras de un presbítero recogidas por Duquesne expresan gráficamente esta incoherente ambivalencia: *«Me siento inferior cuando me veo frente a personas que ejercen responsabilidades en el mundo. Para compensarlo tengo a veces la tendencia a acorazarme en mi dignidad y a imponer mi punto de vista a cualquier precio»*.

La verdadera salida no se encuentra en estos subterfugios, sino en una espiritualidad de la coyuntura. Esta se caracteriza por leer y vivir *«la estructura de la teología en la coyuntura de la sociología»*. En otras palabras: por vivir los rasgos teológicos encarnados en y modulados por los rasgos sociológicos. Se esfuerza por comprender con mayor profundidad y vivir con mayor intensidad aquellas afirmaciones de la teología que más son reclamadas por el momento eclesial y social. Este intento es verdaderamente fecundo. Ofreceremos algunas pistas en la segunda parte de la conferencia.

3. El desajuste entre la «oferta pastoral» y la «demanda religiosa»

Una característica central de nuestra sociedad evolucionada es la inapetencia religiosa. Afecta y penetra incluso al creyente y a la misma comunidad cristiana. En consecuencia la oferta del Dios de Jesucristo, servicio central

y fundamental de los presbíteros, es débilmente estimada. La *clientela* disminuye hasta llegar en ocasiones al *pusillus grex*.

Pero, sorprendentemente, la demanda de ritualidad se mantiene en esta sociedad. *«Persiste fuerte y difundida la exigencia de ritualizar con celebraciones religiosas los grandes momentos de la vida»* (Dianich). En realidad el ser humano necesita celebrar por medio de gestos simbólicos los acontecimientos mayores de la existencia: el nacimiento, el amor, la muerte. En nuestra cultura los gestos simbólicos más reconocidos y prestigiados son las celebraciones litúrgicas de la comunidad cristiana. En consecuencia, gentes de fe débil, oscura o nula demandan estas celebraciones. Incluso las exigen porque las consideran un *servicio público* al que tienen acceso, al menos si pagan el *impuesto religioso*. En cualquier caso, en una civilización marcadamente mercantil, impregnada hasta la médula de los huesos por el contrato, están convencidos de que pueden *alquilar* estos servicios.

Es evidente la diferencia de nivel entre esta demanda exigente y la oferta eclesial formulada por los presbíteros. Estos ofrecen *sacramentos de la fe*, es decir, gestos comunitarios que suponen la fe, celebran la fe y comprometen a vivir la fe. Se sienten con frecuencia utilizados y un tanto reducidos al rango de *hechiceros* cuando se les pide una celebración desprovista de la fe. Reaccionan vivamente contra este atropello a la *veritas sacramenti* que ellos deben salvaguar-

dar. Se trata de un malestar muy grave que repercute en su misma vida espiritual. Muchos presbíteros sufren hondamente en estas circunstancias. Es preciso prestar a este sufrimiento una atención vigilante.

La misma desproporción se manifiesta, en un grado menor, en otras muchas situaciones de la vida pastoral: la propuesta evangélica más ambiciosa de los pastores se sitúa en nivel diferente a las expectativas, a las disponibilidades, a las necesidades religiosas, mucha más recortadas, de los fieles.

4. El trabajo excesivo o el «paro encubierto»

«Como todos sabemos, el trabajo pastoral es un pozo sin fondo... Una parte de los presbíteros reacciona entregándose a la actividad frenética, buscando llenar ese pozo sin fondo, siempre con la mala conciencia de haber hecho demasiado poco. Otra parte reacciona con la inercia y la resignación, limitándose a lo estrictamente necesario, con la convicción de que las demandas son exageradas y de que, en cualquier caso, no es posible hacerlo todo» (Greshacke).

Una espiritualidad que tiene su alimento peculiar y eminente en el ejercicio del ministerio tiene que ser afectada por estos vaivenes de la actividad pastoral. Cuando ésta es habitualmente desmesurada, se rompe el equilibrio requerido entre interioridad y exterioridad y se produce una situación de *stress* que entorpece gravemente la

vivencia ordinaria de la espiritualidad. Igualmente, cuando la actividad languidece de modo habitual, la vida del espíritu queda privada de un catalizador indispensable para un presbítero. El trabajo pastoral es un bien desigualmente repartido entre los presbíteros. Dosificarlo razonablemente y distribuirlo equitativamente es exigencia de la salud espiritual.

5. Una espiritualidad a la intemperie

Como hemos apuntado antes, la misma condición secular nos pide vivir en una cierta intemperie. Pero nuestra intemperie es, a todas luces, excesiva. Se manifiesta en varios campos.

a) Déficit de “lenguaje” (=formas de expresión)

La espiritualidad presbiteral ha sido sometida en los años postconciliares a un despojo de una constelación de prácticas y medios que, con mayor o menor fortuna, venían alimentándola. En esta especie de *caída de la hoja*, no todos los medios descuidados han sido tratados con igual justicia. Muchos de ellos, debidamente reorientados y jerarquizados, tienen un puesto en la vida del presbítero.

Pero esta debida reorientación no es tan sencilla como pudiera parecer. Estimo que, en general, ni el estilo de la oración individual, ni las actitudes en la celebración de los sacramentos, ni la manera de cultivar nuestra especial vinculación a la Palabra, ni la

lectura creyente de la realidad, ni el modo de alimentar la caridad pastoral en su ejercicio concreto... han encontrado todavía la plasmación adecuada en la vida espiritual de muchos presbíteros.

La espiritualidad presbiteral va recuperando identidad, pero todavía no ha encontrado su lenguaje. El lenguaje no sólo expresa lo que se vive; lo estructura.

b) Déficit de contraste en profundidad

Todo lo que es interior, valioso y, a la vez, delicado, requiere ser contrastado ante un testigo cercano y respetuoso. El nos ayuda a esclarecer nuestras oscuridades y a objetivar nuestros subjetivismos. Es decir: a discernir.

Este contraste es una práctica poco frecuentada. ¿Significa desinterés por el crecimiento espiritual?, ¿minusvaloración del acompañamiento?, ¿substitución de éste por métodos de revisión en grupo?, ¿pudor de develar la propia intimidad?, ¿temor a una dependencia que recuerda antiguas servidumbres?, ¿penuria de personas aptas para acompañarnos?

Tal vez exista algo de todo ello. Personalmente echo de menos maestros de la espiritualidad que por su talla evangélica, su experiencia en las vías del Espíritu, su acogida incondicional, su libertad, su delicadeza y su sensatez merezcan la confianza de los sacerdotes.

c) Déficit de comunicación horizontal

La manera de vivir la espiritualidad es, en la mayoría de los sacerdo-

tes, demasiado solitaria. Nos cuesta mucho más compartir con nuestros hermanos sacerdotes o laicos las vivencias espirituales que los bienes económicos y los programas pastorales. Un pudor religioso (¿a veces una pobreza religiosa?) nos inhibe. Este precinto interior no nos favorece en absoluto. Cuando una vivencia se comunica adecuadamente no sólo se expresa, sino que se enriquece sensiblemente. Cuando queda confinada por el pudor o la desgana se empobrece irremisiblemente.

6. Una espiritualidad afectada por la condición célibe

La sexualidad y la afectividad no son simplemente una parcela de la vida del ser humano. Constituyen, junto con otras, una dimensión que afecta a la totalidad de la persona. La condición célibe es una manera singular de vivir la sexualidad y la afectividad. Por ello, para bien y para mal, repercute sobre la totalidad de nuestra vida y, por tanto, también sobre nuestra vida espiritual. Para bien, cuando vivimos positivamente el celibato; para mal, cuando lo vivimos negativamente.

Felizmente la vivencia del celibato es, en una mayoría de los sacerdotes, sincera y aceptable. En un grupo no desdeñable es incluso fina y elegante. En unos y otros el celibato potencia la vida espiritual y pastoral. No podemos negar, sin embargo, que existe un porcentaje considerable para quien el celibato es hoy una palestra de duro combate en el que son fre-

cuentas la debilidad, el sufrimiento, la regresión a comportamientos arcaicos, incluso la tristeza. Para ellos el celibato es, tal vez, fuente de riqueza; pero también fuente de problemas. Tampoco debemos olvidar que un porcentaje sensiblemente menor vive en esta área del comportamiento una doble vida más o menos encubierta.

El intenso entorno erótico creado por nuestra sociedad hace del celibato una realidad más preciosa y a la vez más delicada. La sobrecarga de estímulos eróticos y la mentalidad contraria al celibato provocan una dificultad mayor. Educar para el celibato y acompañar en el celibato se tornan tareas muy importantes.

II. Rasgos importantes de una espiritualidad hoy

1. Una espiritualidad inspirada en la teología del ministerio

La teología nos presenta el ministerio como realidad cristológica, pneumatológica, eclesiológica, secular. En la naturaleza sacramental del carisma presbiteral convergen tales dimensiones. Todas ellas configuran y postulan un estilo determinado de espiritualidad. El *munus* vinculado al ministerio comporta el servicio a la Palabra de Dios, el servicio de la celebración de los sacramentos y el servicio de guiar a la comunidad. Estos tres grandes oficios motivan y determinan igualmente la espiritualidad del presbítero.

Las mismas grandes actitudes cristianas (la caridad, la fe y la esperanza;

la disponibilidad obediente, la pobreza, la castidad, la oración) quedan marcadas por la teología del ministerio. La oración específica del pastor no es como la del monje; es oración apostólica. La pobreza específica del pastor no es la del Hermano de Foucauld, sino la pobreza que le ayuda a ejercer la caridad pastoral; la castidad del pastor es la postulada para ser signo y estímulo de la caridad pastoral; la abnegación del pastor no es la propia de las Oblatas de Cristo Sacerdote, sino la requerida por el ejercicio de su ministerio.

De todo este panorama no surge una espiritualidad de piezas inconexas (como esos ajuars de algunos curas en los que encontramos mesas, sillas, armarios, vajillas que pertenecen a diferentes juegos) sino un conjunto armónico, un rostro coherente, una Gestalt, una especie de figura de mosaico. El elemento configurador e identificador es la Caridad Pastoral (cfr. PDV.23). Es necesario conocerla, estimarla y practicarla.

2. Una espiritualidad situada ante la historia

La teología del ministerio, que recoge la doctrina bíblica y eclesial sobre él, es el principal criterio inspirador de nuestra espiritualidad. No podemos extraer de los desafíos sociales y eclesiales de nuestro tiempo las líneas maestras de nuestra espiritualidad.

Sin embargo, tampoco podemos prescindir de tales desafíos. Nuestra espiritualidad concreta ha de ser his-

tórica. En otras palabras: ha de responder a los auténticos requerimientos que nacen de la sociedad y de la iglesia de nuestro tiempo. Los grandes rasgos que modelan a la comunidad humana y a la comunidad cristiana en una época determinada configuran, para bien y para mal, el ministerio y la espiritualidad. Conocerlos, discernirlos y responder adecuadamente a ellos no es una tarea espiritual insignificante, sino importante.

La perspectiva histórica en la vivencia de la espiritualidad no se centra en la estructura, sino en la coyuntura social y eclesial. Describe los rasgos característicos de dicha coyuntura. Analiza la repercusión positiva y negativa de todos ellos en la espiritualidad presbiteral. Detecta la llamada de Dios que tales rasgos esconden. Sugiere las indicaciones prácticas pertinentes.

3. Una espiritualidad atenta a la biografía

La concreta espiritualidad del presbítero ha de estar también en coherencia con su biografía. La persona se va construyendo o malogrando a través de momentos existenciales importantes que influyen decisivamente también en su espiritualidad. La vida espiritual del presbítero tiene problemas, necesidades y posibilidades distintas en las diferentes etapas de su vida.

La perspectiva biográfica acompaña al presbítero y a su espiritualidad a través de los grandes y sucesivos momentos de su existencia, y pretende

descubrir la principal tarea espiritual a la que el sacerdote es llamado en cada uno de aquellos momentos. Este enfoque es mucho menos frecuente en los trabajos que conozco. PDV lo incorpora decididamente en los números 76 y 77 de su capítulo VI. La Comisión Episcopal del Clero la ha desarrollado en los últimos cuatro años.

4. Una espiritualidad de la confianza, no del optimismo

La actitud que impregna esta espiritualidad no nace de un temperamento optimista ni de un análisis eclesial y social risueño, sino de la confianza arraigada en la fe.

La deriva enigmática y, en muchos aspectos, preocupante del mundo y el progresivo eclipse de la religión en Occidente suscitan preguntas candentes que hacen temblar: ¿mantendrá este mundo su condición humana? ¿Quedará la iglesia reducida a una comunidad residual? ¿Estaremos en una era postcristiana? El mismo renacer de la religión en algunos ambientes, ¿es un retorno real o una reacción momentánea?

Cuando los fenómenos sociales son difícilmente comprensibles y, además, sospechamos que las cosas van mal, la perplejidad deja paso a la desconfianza. Con la Biblia en la mano, brotan las preguntas: ¿Está dormido Jahvé? ¿Jesucristo ha muerto y resucitado en vano? ¿Se ha extinguido el Espíritu?

Es preciso alumbrar o reformular una espiritualidad de la confianza.

Ella nos da *conocimiento interno* de que Jesucristo «*es la clave, el centro y el fin de la historia humana... gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones*» (G.S.). Nos hace barruntar en formas oscuras el dinamismo inextinguible de todas las cosas hacia Dios. Nos hace sintonizar con los signos de la presencia del Espíritu no sólo en la iglesia, sino también en el mundo. Nos hace capaces de recoger las pequeñas señales de su salvación en nuestra vida y entorno próximo. Nos comunica la persuasión de que ninguno de nuestros afanes liberadores y salvadores resultan definitivamente estériles. Y, sobre todo, nos enseña a confiar a Dios nuestro propio futuro, el de la iglesia y el del mundo.

5. Una espiritualidad del Siervo de Jahvé

El Nuevo Testamento nos presenta a Jesús como el *Siervo* de Isaías. Esta riquísima figura bíblica es un paradigma muy actual para nuestra espiritualidad. Surge de ella una sugerente espiritualidad que podemos condensar en estos dos rasgos:

a) Una espiritualidad de la fidelidad, no del éxito.

El Siervo acaba mal. Su fecundidad es un fruto a la larga. Su trayectoria no es el éxito inmediato y visible. Evangelizar ha sido siempre arduo. La inapetencia religiosa actual hace más intensa y dolorosa la sensación de infecundidad pastoral. En tiempos no tan lejanos hemos comprobado tal vez como las piedras se convertían en hi-

jos de Abrahán. Hoy vemos tal vez cómo los hijos de Abrahán se convierten en piedras. «*La higuera no produce yemas y el olivo olvida su aceituna*» (Hab). Al futuro preocupante se añade, pues, un presente apretado.

A lo largo de su vida pública la conciencia humana de Jesús comprendió cada vez con mayor profundidad que el Padre le pedía fidelidad, no éxito inmediato. El autor de la carta a los Hebreos nos dirá que aprendió «*fidelidad*». El Padre escuchó al Hijo; pero «*al tercer día*».

La fidelidad se pone a prueba y se aquilata cuando Dios se esconde. Entonces comprendemos mejor que Dios es diferente de sus mediaciones de abundancia o de escasez, de panes o de piedras, de desierto o de Tabor, de Babilonia o de Jerusalén. Barruntamos dolorosamente que Dios no está más lejos en tiempos de inclemencia. Nunca el Padre estuvo más cerca del Hijo que en la Cruz. «*Aprendemos que éxito no es uno de los nombres de Dios*» (M.Buber).

b) Una espiritualidad del servicio oscuro.

Cuando la dinámica social nos ha marginado de los puestos relevantes y en la misma iglesia decrece nuestra pasada aureola, esta nueva situación interpela nuestra espiritualidad y le obliga a buscar y a responder.

El Nuevo Testamento nos presenta a Jesús como *diakonos* o humilde sirviente de las mesas. Con un lengua-

je crudo, lo identifica como *doulos* o esclavo y lo presenta realizando funciones de esclavo como el lavatorio de los pies. El ha querido servirnos *desde abajo* y no *desde arriba*.

Pablo concibe su ministerio como un hacerse esclavo de todos para ganar a algunos. Conoce bien y acepta este rango humilde, último que corresponde al apóstol.

Las actuales circunstancias piden de nosotros una *reconversión* de la espiritualidad. Lejos de caer en la nostalgia, en el resentimiento o en el abatimiento, somos invitados a vivir para con el Señor el amor de identificación, que es uno de los vectores más importantes del amor. Este amor nos ayuda a comprender la predilección de Dios por las mediaciones pobres y nos dará la sabiduría y el gusto de servir *desde abajo* por identificarnos con Jesús.

6. Una espiritualidad del hacer sosegado

La prisa frenética del «*hay que hacerlo todo*» y la pasividad apática del «*no se puede hacer nada*» tienen una raíz común: «*hemos de hacerlo nosotros*».

La conducta apostólica de Jesús descalifica ambos extremos. Su voluntad evangelizadora no le deja ses-tear, pero tampoco le quita el sosiego. Jesús no vive devorado por la fiebre de curar todos los enfermos, de saciar a todos los hambrientos, de liberar a todos los esclavos. No tuvo la pre-

tensión de hacerlo todo. El realiza acciones liberadoras y salvadoras significativas del Reino que inaugura.

Más importante que la cantidad de lo que hacemos es el modo como lo hacemos. Es vital que ese modo deje transparecer al Señor que actúa a través de nosotros. Ni la acción desgana-da, reducida a los mínimos obligados, ni la acción frenética, traspasada por la ansiedad, hacen debidamente patente al Señor presente y operante en nuestro ministerio.

Esta convicción ha de inspirar un estilo pastoral diferente, más sosegado y —sobre todo— más ungido por la alegría y por la paz.

7. Una espiritualidad en la línea del deseo de Dios

Un celibato vivido positivamente dinamiza de modo singular dos dimensiones de la vida espiritual del presbítero: la caridad pastoral y el deseo de Dios.

a) La caridad pastoral.

En el sacerdote célibe se produce un notable desarrollo de la familiaridad con los feligreses. Esta familiaridad está tejida de proximidad afectiva, de implicación en el crecimiento de las personas, de relaciones de confianza. El desarrollo de la familiaridad es en él sensiblemente mayor que en otras profesiones (por ejemplo, el médico que tiene su propia familia y está profesionalmente dedicado a la misma comunidad humana). Evidentemente

el potencial apostólico que entraña este estilo familiar de relación pastoral es inmenso. Es un activo de primer orden para construir la familia de Dios.

¿Cuál puede ser el origen de este desarrollo de la familiaridad? Precisamente la sublimación. El cura ha invertido en la relación pastoral muchas energías psíquicas (interés, afecto, preocupaciones, ilusiones) que en el casado están espontáneamente condensadas en torno a la relación de pareja y la función paternal. Pero estas *energías* que han sido transferidas del polo genital al polo pastoral “guardan su marca de fábrica”, su marca de origen: el núcleo conyugal y familiar. Por eso impregnan la afectividad del cura con tintes *paternales, fraternos, esponsales* respecto de su comunidad.

b) El deseo vivo de Dios.

Es uno de los vectores básicos de toda vivencia religiosa y, por tanto, también de la espiritualidad cristiana, de toda espiritualidad cristiana. En el presbítero célibe este vector se enriquece especialmente por la singular afinidad existente entre el deseo religioso modelado por la fe cristiana y la situación vital del célibe. Veámoslo.

El Dios revelado por Jesucristo no es un ídolo que pueda ser poseído y utilizado. Nosotros no lo tenemos. Es El quien nos tiene. Está presente en nosotros, pero con una *presencia ausente*. Nuestro deseo religioso es austeramente educado por el Dios de Jesús. La misma oración, lejos de aquietar nuestro deseo de Dios, lo ensancha y lo agranda.

Por otro lado, el celibato es el régimen de la austeridad del deseo sexual. Vivimos nuestra dimensión sexual sin la concreción genital, *sin palpar ni ver*, sin descansar en la acogida y en el deseo del otro, sin vivir la ilusión de la plenitud alcanzada.

Existe pues una *semejanza estructural*, una afinidad, una sintonía entre el deseo religioso modelado por la fe cristiana y la situación vital del célibe. Por esta sintonía, la experiencia célibe ayuda al sacerdote a comprender más profundamente, a aceptar más plenamente, a vivir más gozosamente, a confesar más persuasivamente la austeridad de la experiencia del Dios de Jesús. Por su misma *condición sedienta* puede experimentar la sobria comunicación del Espíritu que nos comunica el gusto de Dios como anuncio gozoso de una Plenitud que se nos comunica más allá de la historia.

8. Una espiritualidad de la tarea compartida

«La estructura de nuestro ministerio es esencialmente comunitaria». Esta frase lapidaria y enérgica de PDV nos induce a recordar que todos los presbíteros de una diócesis con nuestro obispo y sus obispos auxiliares somos un solo sacerdote que historiza en nuestra comunidad el ministerio de Cristo Pastor, como bellamente nos recordaba S. Agustín la pasada semana en el oficio de lecturas. No somos apóstoles sino coapóstoles. No somos obispos, sino coobispos. No somos presbíteros sino copresbíteros. Nuestro ministerio no sólo está desti-

nado a generar la comunión en el Pueblo de Dios, sino que él mismo es esencialmente comunión. Somos sacramentalmente hermanos. Nuestra fraternidad específica deriva directamente del sacramento del orden. La comunión en el ministerio se expresa y se verifica en el trabajo pastoral compartido. Los setos que dividen las parroquias, arciprestazgos, vicarias *«no llegan hasta el cielo»*.

Junto a muchas realidades envidiables y esperanzadoras, he encontrado en las actas de vuestros dos Consejos Presbiterales del año pasado consagrados a la situación del presbiterio, alusiones relativas a un frecuente atomismo pastoral, a veces parapetado tras *«suspicias, malentendidos y cierto clima de autoafirmación y exclusión»*. Sin duda existen también muchas realizaciones de trabajo compartido y de vida comunitaria. La dinámica misma del carisma presbiteral recibido en el sacramento del orden nos capacita y reclama de nosotros un trabajo en común.

La figura noble y austera del presbítero que nos ha legado la tradición reciente nos evoca, al menos en cierto grado, *«la soledad del corredor de fondo»*. Hombres recios, sembrados por toda la geografía de la diócesis, responsables y entregados a sus comunidades, pero marcados en alguna medida por un cierto sello de aislamiento de sus hermanos los presbíteros. Podíamos ver en ellos un alto coeficiente de individualidad, de soledad y de independencia con un concepto de su responsabilidad exclusiva sobre la grey confiada. Los mismos Semina-

rios estaban orientados a educar en la reciedumbre necesaria para asumir positiva y productivamente esa tasa alta de soledad que se creía inherente a la existencia concreta de un sacerdote secular.

Más tarde, en torno al Concilio, llegó una corriente de vida común y trabajo compartido. Tal vez idealizado, fue asumido con candor y generosidad por una generación de sacerdotes. Estas realizaciones han decrecido mucho en nuestro tiempo por causas muy variadas. Algunas estallaron violentamente y de ellas salió gravemente herida no sólo la vida común sino la salud espiritual y pastoral de sus componentes.

Hoy, con una reflexión teológica más rica, con una experiencia que nos ha enseñado realismo, en unas circunstancias de penuria cuantitativa de clero que nos obliga a buscar nuevas formas, tenemos que seguir esta ruta comunitaria y corresponsable, marcada por la naturaleza de nuestro ministerio, la edificación de la comunidad y la misma salud integral de los sacerdotes. Los arciprestes están llamados a colaborar con los obispos y los sacerdotes en el alumbramiento de estas realidades modestas, pero significativas.

III. Tareas para los arciprestes

La situación descrita en la primera parte y los rasgos apuntados en la segunda sugieren un paquete de intervenciones pastorales cerca de los sacerdotes que, en el caso de los arciprestes, pueden concretarse en los puntos siguientes.

1. Promover la asimilación mental y vital de la teología y espiritualidad del ministerio

En las sesiones de Formación Permanente de la Vicaría o del Arcipresazgo sería muy deseable exponer y favorecer la asimilación de los contenidos actualizados de la teología y espiritualidad del ministerio. Generalmente son conocidos de forma fragmentaria, incluso por los más jóvenes. Conozco seminarios y facultades en los que *«no se llega»* a explicar el sacramento del orden y en los que la teología espiritual no inicia suficientemente en estos contenidos. La experiencia me dice que tales contenidos suponen con frecuencia un verdadero descubrimiento para bastantes presbíteros, que adquieren así la seguridad de cimentar su espiritualidad en sólidos fundamentos. La Comisión Episcopal del Clero ha publicado en los últimos 10 años un material abundante que puede servir de cantera valiosa.

No basta la asimilación mental. Es necesaria la asimilación vital, es decir, el enriquecimiento de nuestras actitudes y comportamientos espirituales a partir de estos contenidos. Esta operación requiere un clima diferente de las sesiones de estudio. Unos Ejercicios Espirituales bien orientados pueden ir convirtiendo los contenidos antedichos en experiencia espiritual. Los Retiros espirituales encaminados en esta dirección favorecen gradualmente esta misma actividad asimilativa. Existen diócesis (o vicarías de diócesis grandes) en las que tales contenidos son ofrecidos en unas Jornadas en que, a lo largo de varios días, se al-

ternan la exposición temática, la asimilación orante y la comunicación en grupos pequeños.

2. Atención especial a los presbíteros jóvenes y a los presbíteros ancianos

Las fases de la biografía individual ofrecen posibilidades y dificultades especiales para la maduración espiritual. Todas las fases (la psicología evolutiva distingue cuatro) requieren atención. Cualquier presbítero que esté pasando en cualquiera de esas fases por una situación delicada necesita y merece una atención especial. P.O. n° 8 enumera muchas de estas situaciones: enfermos, afligidos, sobrecargados, aislados, exiliados, perseguidos. Podemos añadir: los que han fallado en su fidelidad, los que se encuentran abatidos, los ancianos y jubilados.

Dos franjas generacionales, los sacerdotes jóvenes y los sacerdotes ancianos, requieren por parte de arcipreste, obispo y arzobispo una especial atención. Expondremos más adelante su situación específica y algunas pautas de acompañamiento. Resaltemos ahora únicamente el motivo principal de esta especial atención.

La fase primera del ministerio es singularmente delicada; ella condiciona intensamente el futuro presbítero. Muchas *gripes mal curadas* de la década de los treinta se convierten en *neumonías graves* en la década de los cuarenta.

Dos observaciones nos ayudarán, con todo, a situar bien esta especial atención a los jóvenes.

1ª. En términos rigurosos de psicología evolutiva este grupo presbital está constituido por adultos entre los 25 y 40 años. No necesitan, por tanto, ninguna atención paternalista. Se les denomina adultos jóvenes para distinguirlos de la generación adulta superior.

2ª. Los sacerdotes jóvenes suelen ser en el mundo presbital, tema frecuente de una atención no exenta de preocupación. No se puede negar que existen en ellos sombras y debilidades generacionales preocupantes. Pero tampoco debemos olvidar que tienen el derecho a ser adultos y a ser diferentes.

Por su lado, la fase última de la vida de los presbíteros se caracteriza por su debilidad y desvalimiento. La salud más quebrantada y el obscurecimiento social y eclesial favorecen una crisis que es preciso seguir con mucha cercanía. Tienen necesidades intensas y específicas de acompañamiento, de servicios materiales, humanos y espirituales. La sociedad productivista puede polarizar nuestra atención de responsables en torno a los sacerdotes en el tajo. Sería un descuido imperdonable.

3. Una pastoral de «reconocimiento»

La decadencia del mundo occidental en el aspecto religioso (que se revela con mucha claridad en el desajuste entre oferta pastoral y demanda religiosa) lleva consigo una merma notable del relieve social del presbítero y provoca con frecuencia un descenso sensible de su autoestima como tal presbítero.

Como toda persona adulta, el presbítero necesita un *estatuto social*. En otras palabras: reclama que su función sea cotizada por el entorno, bien como valiosa, bien al menos como válida. Hay en él «una exigencia apasionada de ser reconocido y admitido» (Bellet).

Esta aceptación es cada vez más débil en la sociedad occidental. En muchos ambientes (no en todos) la tendencia social dominante ve la función del presbítero como anacrónica. El servicio religioso que él presta no responde a los explícitos intereses humanos. No se le reconoce, pues, utilidad social. La imagen social del presbítero se ha devaluado notablemente. «*Para la gran masa el presbítero es una especie de agente comercial que no consigue colocar su producto*».

El aprecio que recibe de la comunidad cristiana ¿compensará esta devaluación social? Sólo parcialmente. La inapetencia religiosa de muchos creyentes repercute en la valoración de la función de sus presbíteros. El descubrimiento del laicado rebaja la situación de estima privilegiada del clero. En cualquier caso, la estima del presbítero está hoy muy condicionada por la calidad de su persona y de su servicio.

La imagen social y eclesial puede influir sensiblemente en la imagen propia que el presbítero o el presbiterio se forje de sí mismo. Pone a prueba la autoestima, que, si no existen otros factores correctivos, puede resultar mermada.

Este déficit de autoestima genera dos estados anímicos. El primero es la

tristeza. Los informes preparatorios del último Sínodo revelan la intensidad y la frecuencia de este fenómeno en los presbíteros. El segundo es el sentimiento de culpabilidad. La tendencia a confrontarnos con la Palabra de Dios en actitud tal vez más ética que evangélica nos puede inducir a sentirnos individual o colectivamente culpables de la devaluación padecida.

Las relaciones auténticas y ricas son la mejor medicina en épocas de crisis de identidad personal y social. Tales relaciones tienen una gran virtud: el presbítero se siente reconocido, es decir, valorado y estimado, útil a los demás.

La relación con la propia comunidad cristiana a la que sirve, cuando ésta le muestra su estima, es una primera plataforma de reconocimiento. Resulta vital para la moral espiritual y apostólica del pastor. La relación fraterna entre los sacerdotes en el arciprestazgo, en la Vicaría y en la Diócesis es otra plataforma inestimable. No se trata de un encuentro de ex alumnos que gustan recordar sus años de colegio, ni de excombatientes que evocan nostálgicamente las horas y los peligros pasados en común. La relación individual y grupal con el obispo (diocesano y auxiliar) es asimismo un espacio en el que el cura se siente reconocido en su condición de tal.

Esta última relación «*significa mucho*» para el presbítero. Es algo más que un postulado de la teología. Es más que un factor de rentabilidad

pastoral. Es mucho más que una necesidad más o menos madura de aprobación, estima y consuelo. Es un lazo teológica, antropológica, sociológica y espiritualmente rico.

En la inmensa mayoría de las diócesis que conozco (incluida la mía) los indudables esfuerzos que se realizan para cultivar esta relación resultan, por insuficientes, insatisfactorios para obispos y presbíteros. Esta insatisfacción se explica en parte por la polivalencia de la función del obispo respecto a sus presbíteros. El Vaticano II la intuye cuando los llama *amigos, hermanos, hijos, colaboradores* del obispo. No es sencillo armonizar todas estas funciones que contienen en sí mismas una cierta tensión dialéctica. Ser hermano y padre a la vez no es siempre sencillo. Ser responsable y amigo tampoco lo es. La dificultad se torna mayor en las macrodiócesis, en las que se multiplican las tareas y se complican las agendas de obispos y presbíteros.

Es misión importante de los arciprestes ser *catalizadores positivos* de esta relación. En otras palabras: favorecerla, motivándola y urgiéndola desde ambos polos de interlocución. Una delicada invitación a los sacerdotes a este encuentro personal, una organización de reuniones frecuentes del presbiterio del arciprestazgo con el obispo diocesano o auxiliar, una invitación al obispo a acercarse a tal o cual presbítero, o a llamar a un diálogo personal a todos los sacerdotes de la demarcación... son tareas que os corresponden por oficio y estoy seguro cumplís con empeño.

4. Una pastoral de «acompañamiento»

El reconocimiento del obispo, del presbiterio, de la comunidad, son apoyos valiosos. A pesar de todo, no eliminan todos los sinsabores de un ministerio que estimula y alegra la vida de un cura, pero que también la azota con trabajos preocupaciones y decepciones.

Estoy íntimamente convencido de que, a pesar de los progresos realizados casi en todas las diócesis, el presbítero vive aún unas dosis excesivas de soledad material, existencial, espiritual y pastoral. Hemos anotado que algunas generaciones fuimos educadas bajo este patrón, al menos implícito. Tal vez la vida ulterior nos ha hecho experimentar más los beneficios secundarios de esta soledad personal y pastoral que los grandes bienes de una vida y ministerio compartidos en una u otra fórmula.

La vida y trabajo compartidos llevan consigo un coste en forma de disciplina, de saber ceder, de acoplarnos al parecer de la mayoría, etc. Pero considero una desgracia para nuestra vida y ministerio el nivel de atomismo personal, espiritual y pastoral en el que vivimos. A juzgar por vuestra reflexión en las dos sesiones del Consejo Presbiteral del curso pasado esta carencia no os es ajena tampoco a vosotros.

Promover formas diferentes de vida común, de oración compartida, de proyecto pastoral elaborado, evaluado y realizado en común con un grupo de presbíteros (y de laicos)

pertenece asimismo al *paquete* de responsabilidades del arcipreste. Naturalmente necesitan para ello el apoyo, el respaldo del obispo, que no faltará. De este modo los presbíteros se acompañarán a sí mismos en su vida personal y pastoral.

Habrà muchas ocasiones en las que esto resulte imposible. El temperamento, la historia de agravios sufridos, la costumbre inveterada de solitarismo, la escasa fe en lo común, la alergia a ser encuadrado... harán que muchos presbíteros se sientan poco motivados para salir de su aislamiento y más inclinados a confinarse en su soledad. Siempre será posible que el arcipreste les invite sin desmayo a las reuniones de arciprestazgo, les mantenga informados, les visite personalmente en su *territorio* e invite a algunos sacerdotes más allegados a que se acerquen a los hogares de estos hermanos. Así lo pide la naturaleza colegial de nuestro ministerio. Siempre será posible que el obispo especialmente encargado de aquella zona lo visite y propicie un encuentro con el arzobispo.

5. Una pastoral que favorezca los «espacios interiores» (la espiritualidad)

La teología, la compañía, el conocimiento, la planificación son apoyos importantes para la salud integral de los presbíteros. Pero no resultan suficientes, sobre todo, en estos tiempos de irrelevancia humana, de desierto espiritual y de poca

fecundidad pastoral. Hay sufrimientos personales y pastorales que sólo se curan con una buena infusión de una única planta medicinal: la espiritualidad.

El equipamiento interior ha de ser, sobre todo, espiritual. Ninguna teoría explicativa, por atinada que sea, de nuestra situación; ninguna teología del presbiterio por profunda y estimuladora que parezca; ninguna batería de apoyos diocesanos por valiosos que resulten, pueden suplantar a la espiritualidad. La clave decisiva es la espiritualidad. El problema número uno del presbítero es su espiritualidad. El déficit número uno del sacerdote es, probablemente, su anemia espiritual.

Los *espacios interiores* son necesarios para poner sosiego interior y exterior en el trabajo, confianza en un cometido apostólico difícil, fidelidad cuando el fruto es casi invisible. Sin ellos pueden adueñarse fácilmente de nuestra alma dos compañeras molestas y perniciosas: la ansiedad y la fatiga. La ansiedad produce un hacer nervioso que pone nerviosos a nuestros colaboradores. La ansiedad frecuente y muchas veces crónica somete nuestro psiquismo a un desgaste muy grande que origina fácilmente la fatiga. La fatiga no es un simple cansancio. El cansancio se deshace con el descanso. La fatiga no. La fatiga es cansancio más una cierta alergia provocada por el trabajo en condiciones poco humanas. En ella se entreveran con frecuencia un deje de decepción y un poso de escepticismo. Es ese *burning out*

que recogían muchas relaciones previas al último Sínodo sobre los sacerdotes.

Un arcipreste debe reservar en los encuentros arciprestales un espacio amplio para la oración personal y comunitaria. Será muy conveniente que, al menos en los momentos fuertes del año, convoque a los sacerdotes a un retiro espiritual que no sea una *mini-jornada* sino un tiempo amplio, de al menos media jornada, en la cual los curas podamos «parar los motores y engrasarlos».

Habrà de proponer y facilitar a los sacerdotes de su demarcación (mediante las oportunas substituciones) que anualmente dediquen una semana a los Ejercicios Espirituales, en los cuales refresquen sus tejidos interiores mediante la escucha intensiva, sosegada y orante de la Palabra de Dios. En casi todas las diócesis que conozco el porcentaje de los sacerdotes que hacen anualmente Ejercicios Espirituales (o retiros equivalentes) se mueve entre el 25% y el 50%. Generalmente son siempre los mismos. En consecuencia, una mitad muy larga de nuestros curas lleva muchos años sin haberse bañado en esta experiencia espiritual privilegiada de los Ejercicios. La oferta de directores con un *buen hacer* y un nombre reconocidos y la invitación personal del arcipreste, del obispo auxiliar o del mismo arzobispo puede resultar oportuna. A veces será necesaria para remontar esa pereza inicial previa que tan bien sabe tejer la excusa de obligaciones pastorales ineludibles. El ejemplo personal de

arciprestes y obispos es un respaldo valioso y eficaz.

6. Una pastoral que organice y coordine

Los adolescentes y jóvenes se aglutinan en torno a intensas emociones compartidas. Los adultos se congregan en torno a proyectos de trabajo elaborado, realizado y revisado en común. Los análisis compartidos, los objetivos claros, las acciones concretas, la preparación de las mismas, la evolución realista disipan un oscuro sentimiento negativo: la confusión de no saber lo que queremos, ni donde estamos, ni si avanzamos o retrocedemos. Esta confusión no es saludable para la vida pastoral ni para la vida espiritual. Un programa realista da moral y favorece la convergencia.

Dentro de su demarcación el Arcipreste tiene la misión de elaborar y seguir, a la luz del proyecto diocesano y del proyecto de la vicaría, y con la colaboración de presbíteros, laicos y religiosos, este programa. Quienes se incorporan activamente a él sentirán el bienestar de la claridad y el apoyo de la compañía. Estos dos efectos saludables repercutirán positivamente sobre su moral humana, espiritual y apostólica.

Es deseable, pero moralmente imposible en la mayoría de los casos, que todos los sacerdotes se incorporen activamente a tal programa arciprestal o vicarial. El arcipreste debe

contar con esta realidad. En bastantes ocasiones no será posible ni siquiera la elaboración de un programa mínimo de arciprestazgo. Casi siempre es posible que el Arcipreste convoque en torno a un reducido paquete de acciones compartidas a un grupo de tres, cuatro o cinco sacerdotes interesados en trabajar conjunta y programadamente. Ese bien es menor, pero mayor que la carencia total de proyecto compartido.

7. Ayudar a comprender y vivir la condición célibe

Generalmente la educación que hemos recibido para asumir una vida célibe por el Reino de Dios es bastante pobre. Muchos de los curas de hoy hemos recibido a lo largo de nuestra formación una educación sexual y afectiva muy elemental y no siempre correcta. Nuestros conocimientos de antropología sexual y afectiva no son ni extensos ni precisos. Muchos desconocemos la reflexión de la antropología acerca de la posibilidad, la validez y la nobleza humana del celibato. Recibimos en su día en esta materia una educación moral rigurosa. Los nuevos tiempos se han encargado de criticar esta educación moral. Pero no nos han ofrecido en todos los casos una educación moral alternativa.

En consecuencia el mensaje teológico y espiritual acerca del celibato recibe de nosotros un asentimiento no exento de toda sospecha. Además, el

cambio tan grande en las costumbres sexuales ha provocado en el clero una cierta perplejidad a la hora de acertar con un comportamiento exterior coherente por una parte con nuestra condición célibe y adaptado por otra a la nueva situación social. No siempre estamos seguros de que nuestro comportamiento no resulte excesivamente permisivo o demasiado riguroso. Los hábitos de nuestra comunicación transparente de nuestro mundo interior o privado en este punto se han interrumpido, si es que alguna vez estuvieron arraigados en muchos de nosotros. No nos resulta fácil encontrar personas cualificadas y espirituales con las que comunicarnos en profundidad acerca de esta dimensión de nuestra vida, y nos debatimos por ello con frecuencia entre el permisivismo actual y el rigorismo pasado, entre la *normalidad* y la culpabilidad. Tal vez el sacramento de la reconciliación es el único lugar en el que entreabrimos este mundo interior, pero sin dedicarle la atención pausada que tal mundo reclama.

Resulta necesario brindar a nuestro presbiterio un servicio que le ayude a comprender mejor las claves antropológicas, teológicas, morales y espirituales del celibato y a vivirlo de manera más sana, más serena y más gozosa. Un arcipreste no podrá estructurar por sí solo este servicio. Pero para los arciprestes de una demarcación episcopal o para la diócesis en su conjunto esta no es una tarea imposible.

Pueden ayudar a comprender esta realidad preciosa y delicada unas Jornadas en torno al tema. En sesiones sucesivas deberían tratar la antropología, la teología, la moral y la espiritualidad del celibato y ofrecer los criterios teóricos y prácticos adecuados.

La experiencia comprueba que para una vivencia más sana, más serena y más gozosa resulta necesaria o sumamente conveniente la comunicación transparente ante un testigo cercano, respetuoso, espiritual y... competente. La sexualidad y la afectividad son instancias de comunicación que sólo se potencian comunicándose. Quienes por opción hemos renunciado a una comunicación corporal y gestual determinada necesitamos todavía más una comunicación verbal en el contexto de la intimidad y la confianza. Sin ella los problemas se encasquillan y, lejos de progresar, podemos retroceder a lo largo de los años. Acoger esta comunicación de nuestros compañeros es una tarea que podemos realizar algunos de nosotros.

Conclusión

Tantillus homo, tantum opus. Esta frase, que se inspira toscamente en otra de San Agustín, condensa probablemente el sentimiento de muchos de vosotros al escuchar mis reflexiones de esta tarde. La desproporción entre la tarea y nuestras posibilidades es evidente. Diríamos que existe un desnivel ontológico entre la necesidad y la capacidad.

Este desnivel no consiste principalmente en que nos sintamos poco aptos para tareas de esta naturaleza y delicadeza. Es verdad que sentimos algo así, pero no es el sentimiento más fuerte. El desnivel tampoco consiste en la desproporción entre el tiempo amplio requerido para cumplir esta tarea y el tiempo reducido de que disponemos para desempeñarla. Sabemos jerarquizar nuestras dedicaciones.

A mi modo de ver, la dificultad mayor consiste en la debilidad del estatuto real del arcipreste. Es cierto que sobre el papel un arcipreste tiene el encargo del obispo para desempeñar una labor así entre los sacerdotes de su demarcación. No es tan cierto que los presbíteros se la reconozcan y se la admitan. Para un cura su arcipreste es básicamente un compañero. Está bien que así lo sea. Pero no debería ser únicamente un compañero. Es, sobre el papel, un compañero cualificado que por delegación del obispo cumple ante sus hermanos una misión de coordinar la pastoral y atender a la vida y ministerio de los presbíteros.

Esta dificultad se refuerza en nuestra civilización occidental de la época por un fenómeno denominado como el *obscurecimiento cultural del paradigma del padre*. La figura del padre y los atributos inherentes a la misma se han debilitado mucho, probablemente como reacción al paternalismo y al autoritarismo de tiempos pasados. En consecuencia las palabras que forman la constelación de la autoridad (gobernar, re-

gir, presidir, dirigir, guiar, decidir, mandar, prohibir) se nos han vuelto problemáticas. No acabamos de estar a gusto con ellas. La incomodidad no se reduce al uso de las palabras, sino sobre todo al ejercicio de la autoridad.

Esto nos afecta a los obispos, a los vicarios, a los delegados diocesanos. También en vuestra medida a los arciprestes en aquellos aspectos que no son de simple ayuda y compañía a los presbíteros. Más de uno de vosotros, cuando presenta una indicación, un documento, un requerimiento del obispado, tendrá la tentación de decir a sus colegas: *«esto lo mandan desde arriba; yo me remito a transmitirlo; como sabéis no faltan papeles en nuestro obispado»*. Podéis tener la tentación de situaros plenamente en la orilla de los destinatarios, no en la orilla de los emisores ni siquiera en el vado de los transmisores. Pedagógicamente es necesario que os perciban cercanos. ¿Es saludable que siempre os consideren sólo cercanos? Hoy hace falta más humildad para ejercer la autoridad con sencillez que para aceptarla.

Y sin embargo, dentro de límites modestos y siempre humanos y dialogantes, es preciso ejercerla. También vosotros. Un arcipreste participa por encargo del obispo de unas tareas que corresponden al ministerio episcopal. Coordinar la pastoral interparroquial e intercomunitaria y atender al crecimiento humano, mental, espiritual y pastoral de los sacerdotes corresponde ante todo al obispo, que, al tiempo que ejerce personal y

directamente esta función, la comparte y encarga parcialmente a los arciprestes. En estas funciones no sois delegados de vuestros colegas, sino delegados del obispo. Debéis contar con la confianza de vuestros compañeros. Sería algo más que un error estratégico el que los arciprestes no contaran con ella y, por tanto, no hubiera en su elección alguna participación de los sacerdotes (y de las comunidades religiosas y grupos de laicos). Por algo el canon 553 lo establece. Pero vosotros recibís vuestro encargo del obispo y lo ejercéis en su nombre. Un párroco recibe el encargo del obispo, pero lo ejerce primariamente en nombre de Cristo y secundariamente en nombre del obispo. Un arcipreste ejerce su función arciprestal primariamente en nombre del obispo y con su autoridad. Os toca la delicada misión de que, siendo básicamente colegas, seáis más que colegas. ¿Es la cuadratura del círculo? Es la paradoja de ser hermanos y coordinadores.

Los cánones son, con frecuencia, más pastorales de lo que parecen. Me permito terminar mi intervención con la lectura del canon 555 que recoge las funciones mínimas de un arcipreste.

«1. Además de las facultades que se le atribuyan legítimamente por derecho particular, el arcipreste tiene el deber y el derecho:

1º. de fomentar y coordinar la actividad pastoral común del arciprestazgo;

2º. de cuidar de que los clérigos de su distrito vivan de modo conforme a su estado, y cumplan diligentemente sus deberes;

3º. de procurar que las funciones religiosas se celebren según las prescripciones de la sagrada liturgia; se cuide diligentemente el decoro y esplendor de las iglesias y de los objetos y ornamentos sagrados, sobre todo en la celebración eucarística y en la custodia del Santísimo Sacramento; se cumplimenten y guarden convenientemente los libros parroquiales; se administren con diligencia los bienes eclesiásticos; y se conserve la casa parroquial con la debida diligencia.

»2. En el arciprestazgo que se le encomienda, el arcipreste:

1º. procure que los clérigos, según las prescripciones del derecho particular y en los momentos que éste determine, asistan a las conferencias, reuniones teológicas o coloquios, de acuerdo con la norma del canon 279, 2.

2º. Cuide de que no falten a los presbíteros de su distrito los medios espirituales, y sea especialmente solícito con aquellos que se hallen en circunstancias difíciles o se vean agobiados por problemas.

»3. Cuide el arcipreste de que los párrocos de su distrito que sepa que se encuentran gravemente en-

fermos no carezcan de los auxilios espirituales y materiales, y de que se celebre dignamente el funeral de los que fallezcan; y provea también para que, cuando enfermen o mueran, no perezcan o se quiten de su sitio los libros, documentos, obje-

tos y ornamentos sagrados u otras cosas pertenecientes a la Iglesia.

»4. El arcipreste tiene el deber de visitar las parroquias de su distrito, según haya determinado el Obispo diocesano».

Reptes pastorals a Catalunya, avui

JOSEP MARIA ROVIRA BELLOSO, teòleg. Barcelona

Introducció

La situació de repte és connatural a l'Església. El fet que l'existència cristiana sigui una existència dramàtica —d'esclavatge a llibertat, de mort a vida— fa que l'existència del conjunt de l'Església sigui també el drama del Poble de Déu que camina envers el Regne del Cel, el que equival a una situació de repte permanent. És bo que ens acostumem a viure els reptes sense que ens rodi el cap, sabent que la iniciativa de l'Esperit Sant i el nostre esforç han de superar-los sense que prèviament hàgim de deixar de viure, de pregar, d'evangelitzar. Tot vivint, tot pregant, tot evangelitzant, superarem si Déu vol els desafiaments.

Què entenem per reptes?

Són *situacions difícils* que han d'ésser superades per l'acció pastoral de l'Església, en fidelitat a la seva missió evangelitzadora. Són *cruïlles* que la mateixa Església ha d'enfocar en sentit encertat. Una persona té, per exemple, el repte de trobar el seu lloc en la família o en el seu poble. També l'Església té el repte de trobar el seu lloc i la seva acció adients en les societats desenvolupades.

Per què en diem reptes pastorals?

Pastoral —ja queda dit— és la praxi de l'Església: el seu estar i actuar en

fidelitat a la seva missió. És aquella actitud que pren l'Església en una situació determinada. I cada actitud va dibuixant la *figura* social de l'Església en el món. No cal posar-ne exemples.

Els *reptes pastorals* afecten l'estar i l'actuar de l'Església local, perquè *pastoral* és allò que fa una Església local i, en un sentit ample, fins i tot una part d'ella, per tal de ser fidel a la seva missió de proclamar l'Evangeli o Bona Nova de Jesucrist, tot lloant el Pare i servint els necessitats. Vull aclarir que la Bona Nova del Regne, va ser proclamada precisament quan Jesucrist digué que el Regne de Déu era a prop, que és una manera de dir que l'Esperit Sant sempre és a punt de ser donat en la nostra vida.

Com ho podem fer per a detectar els reptes?

Escoltant: la gent; les veus del món; els preveres; la jerarquia; els *espirituals*, però sobretot escoltant la Paraula de Déu i obrint-se a l'Esperit.

Mirant: les parròquies, els arxiprestats, els moviments, els grups, les associacions.

Llegint: els diaris i les revistes, els programes de conferències que mostren les preocupacions de grups i sectors de la societat i de l'Església.

Estudiant, per exemple l'esdeveniment i el text del Concili Provincial Tarraconense, eco fidel del Concili Ecumènic Vaticà II. Aquesta lliçó vol ser una aportació per tal que davant els canvis i els reptes que vivim, tinguem aquell mínim de vertebració essencial que ens atorga l'evangeli, el Vaticà II i el Concili Provincial Tarraconense, que ens permet de reaccionar eclesialment.

Quins són els reptes principals?

Són amplíssims. Donaré constància dels més populars, no pas per a desgranar-los tots fins a marejar-nos, sinó per a classificar-los i poder fer una tria d'aquells amb els quals estem realment implicats.

Els reptes que ens interessarà analitzar són aquells que, aquí i ara, podem afrontar evangèlicament i amb eficàcia tots els que formem part de les esglésies locals de Catalunya. D'aquesta manera, aquesta primera lliçó del curs 1997/98 al CEP vol situar-se com a continuació i concreció dels principals objectius del Concili Provincial Tarraconense.

La classificació serà ben senzilla: reptes que procedeixen del fenomen de la mundialització; reptes que procedeixen de la cultura de la Modernitat i de la Postmodernitat; reptes, per fi, que procedeixen de la mateixa estructura de l'Església i, àdhuc, de la iniciativa de l'Esperit. Els dos primers grups de reptes constituïran la primera part. El tercer grup, la segona.

Primera part:

Reptes procedents del món i de la societat desenvolupada

En aquesta primera part em limitaré a enunciar diversos desafiaments de manera que s'entenguin, sense fer-ne una anàlisi detallada.

1. Reptes procedents de la mundialització

1. El poblet mundial

El fet comprovable de l'"*aldeia mundial*". Aquesta petitesa és fruit de les autopistes aèries i terrestres, però també de les anomenades autopistes de la informació. El món s'empetiteix. A casa nostra es difumina la diferència entre *urbà* i *rural*. No tot és Barcelona, però el món rural ciutadaneja. D'altra banda, el comú de la gent està sobresaturada d'informacions, però només poquíssima gent sap usar la informació selectiva i útil, la que dona poder. Aquesta primacia de la informació, segons la qual tot esdevé notícia, és un repte amb vista a les restes de secretisme –sobretot en els judicis– en l'Església. Si ha canviat la noció d'espai, en empetitir-se, també ha canviat la noció de temps. També el seu pas s'ha fet més ràpid i això podria tenir conseqüències pastorals, perquè per a molta gent la pasqua setmanal del diumenge podria tenir un caràcter indicatiu més que preceptiu.

2. La interculturalitat

El fet de la confrontació de cultures i, per tant, el fet de la Inter-

culturalitat. El diàleg interreligió entre l'Església i l'Islam és un aspecte importantíssim d'aquest repte global.

3. La mundialització crea una contradicció entre el pluralisme i la unitat

En l'Església, la unitat no pot ser una uniformitat entre les esglésies locals. El Sínode del 1985 va dir que en l'Església s'havia de fer vigent la pluriformitat. Això ens fa pensar en el repte de l'autonomia de les esglésies orientals, reconeguda pel Concili Ecuumènic Vaticà II (*Unitatis Redintegratio*, núm. 16). En el terreny civil, Europa, com a unitat, no pot eliminar la peculiaritat de les seves diverses nacions. L'Església ha de ser sensible al problema de l'opressió i del desig de llibertat dels pobles i dels grups ètnics.

4. Macroinstitució i sectes

Un cas específic entre unitat i diversitat és el de les sectes al costat i enfront de l'Església catòlica. Les sectes que brollen arreu del món arriben, en principi, a sectors marginals de la població. En concret, i a Catalunya, arriben a sectors de població com la raça gitana, amb els seus problemes específics de marginació i risc d'entrar en el món de la droga. Al Brasil les sectes entren en conflicte explícit amb l'Església catòlica.

Aquest repte mena l'Església a no mostrar-se com un castell aïllat i fred, sinó a ésser aquella fraternitat acollidora que arriba a les persones i que,

amb l'experiència de les proves que sofreixen els humans, les sap acompanyar i recentrar.

5. La cultura dels mitjans de comunicació

És quelcom ben estudiat i analitzat. La figura de l'Església en els MCS és sovint ambigua. Per exemple, la repetida aparició d'un clergue de maneres de fer tradicionalistes però molt provocatives ha inquietat la gent. Entre parèntesis, no crec pas que l'aparició d'aquest clergue hagi estat un fet de generació espontània, sinó —com sol ser en el món de la TV— promogut per un tipus d'empresa atenta a l'índex d'audiències i, en definitiva, atenta als guanys. Com han de participar els catòlics en els MCS? Com ha de participar la Jerarquia de l'Església? De forma que mostrin la punta religiosa i càlida d'una presència testimonial, més que no pas un rostre polèmic? Davant d'aquests interrogants, cal remarcar el valor teològic i espiritual de l'entrevista feta a la Mare Teresa de Calcuta, tot confiant que es donin testimonis semblants.

Aquests reptes tenen com a comú denominador l'avanç que ha fet la tecnologia i que ha reduït les proporcions del planeta, empetint les distàncies i posant-nos a tots en comunicació, però també fent que el conjunt del globus sigui objecte de la manipulació tecnocientífica, cosa que crea multitud de subproblemes i, per tant, de reptes ecològics, que ara no podem pas desgranar.

II. Reptes procedents dels fenòmens culturals i socials de la modernitat i de la postmodernitat

6. El neoliberalisme capitalista

Cal assenyalar en primer lloc el repte de l'Església davant l'economia capitalista i de mercat. La paraula messiànica —«*Els pobres són evangelitzats...*»— esdevé norma de l'Església de cada època. És essencial per a la missió de l'Església que ella pugui fer un discurs i una acció coherents que aixequin els pobres i marginats, tot dedicant-hi els recursos humans i econòmics adients, com ho va programar el Concili Provincial Tarraconense.

7. La ciència continua enviant reptes a la fe i a la teologia

És veritat que la ciència es dona en el nivell del *saber* i la fe en el nivell del *creure*, cosa que teòricament hauria d'eliminar les friccions. Però, malgrat que ja siguin aigua passada els casos de Galileu i de Darwin, tenim de fet zones teoricopràctiques encara conflictives, com ara les zones de l'enginyeria genètica, la clonació, la sexualitat, en especial l'homosexualitat, les posicions favorables o permissives de l'avortament i de l'eutanàsia. L'Església adopta una postura incondicional a favor de la vida i de la persona.

8. Variant de l'anterior: l'expressió de la fe en un món científista

La mentalitat científica que té la gent avui comporta en general la imatge d'un món regit per les lleis de la

naturalesa i, per tant, tancat en ell mateix, en el qual no hi ha lloc per a la intervenció de Déu, ja sigui en forma providencial o miraculosa. Cal trobar una manera de llegir la Bíblia i d'expressar la fe que no entri en conflicte amb la ciència veritable, tot i mantenint la creença que el Regne és a prop i que s'anticipa en la vida humana.

9. La manca d'instrucció religiosa

La manca d'instrucció religiosa i un dèficit en la consideració de la persona com a ésser espiritual planen sobre la cultura actual. En aquest sentit es fa sentir a Catalunya una cultura no transcendent, horitzontalista: la cultura de la immanència, de les habilitats funcionals o lúdiques dels individus. Cal un esforç intel·ligent i no coactiu per contrarestar la ignorància religiosa actual, amb la necessitat de posar en marxa i endegar la catequesi, la classe de religió a l'escola i la informació cultural sobre les religions. Cal ajut per donar sentit a la vida, en la línia del que fa a Milà el Cardenal Carlo Maria Martini, més que no pas assenyalar en abstracte els punts immòbils d'una moral intransigent.

10. L'emancipació del subjecte lliure

La cultura actual manté, procedent de la Modernitat, l'objectiu de la màxima llibertat del subjecte individual, fins a la seva emancipació total. La llibertat dels adolescents i dels joves, encara que —en la pràctica— sigui una llibertat sense massa possibilitat de continguts, es considera una conquesta irreversible d'Occident. El rep-

te pren llavors la següent forma: el conjunt dels membres de l'Església cal que sigui fidel a l'Evangeli, a la seva essència i a la seva missió (*nivell d'exigència*), tot i mantenint un grau d'acolliment i de llibertat a l'interior de l'Església, que permeti el desenvolupament a fons de tots els drets de la persona i dels grups (*principi de la llibertat*).

11. Reptes procedents de la laïcitat de l'Estat

El repte no consisteix tan sols en el fet que l'estat sigui laic segons la Constitució. És que l'Estat és laic per naturalesa, perquè tan sols l'Església i la persona humana poden confessar la fe. Però, a més, de fet sovint s'entén la laïcitat com a manca absoluta de tot element religiós en la societat, o com a antireligió d'estat. A casa nostra, el Cardenal Jubany va pensar seriosament el tema d'un estat laic però no pas antireligiós. Li va plaure el meu llibret *Societat i Regne de Déu* perquè vaig tractar a fons el tema, en la mateixa línia d'un estat no confessional però no pas negatiu vers el fet religiós.

Aquests reptes tenen com a comú denominador el fet singular que la religió cristiana no genera, ni ha de generar, una teocràcia. Actualment, però, la doctrina de l'Església busca un altre sistema que el del poder indirecte, ja que admet una cultura autònoma, i, per tant, unes formes de vida distintes de les que brollen dins del camp eclesial. *Gaudium et Spes*, en efecte, admet les formes polítiques, socials i econòmiques brollades a Oc-

cident, independentment de l'acció evangelitzadora, litúrgica i d'amor fraternal de l'Església, encara que no pas sense el seu influx. Això ha de donar lloc a una revisió constant entre els membres de l'Església (Jerarquia i laics) i els representants públics de la societat, perquè l'Església respecta el marc social, tot i que no pot deixar de denunciar el mal personal i col·lectiu que pren formes molt diverses, sovint organitzades com a poders d'aquest món.

Segona part:

Reptes procedents de la mateixa estructura i vida eclesials

Els desafiaments es van aclarint o superant al pas de la mateixa vida. És molt bo ser conscient dels reptes. Però és dolent restar atuits o tristos fins que no s'hagin superat prèviament. Hem de fer tot, i més, del que podem, però hi ha temes que, des d'un punt de vista real, no es podran resoldre en una generació. Cal, llavors, no creure que hàgim de romandre aturats, sense capacitat evangelitzadora. Cal no hipotecar les nostres energies ni el goig pel Regne de Déu pressentit, a causa que estem a l'espera angoixada d'una *solució* que no es dibuixa en l'horitzó. En l'Església, és peril·lósíssim el *tot o res*. Per això, els reptes eclesials que vull tractar amb detenció són aquells que no ens posen cara a la paret, davant d'un impossible (almenys, en la pràctica). Es demana aquí un reformisme possible, fet amb ànim de comunió, no pas de contestació. Per tant, passo revista a quatre reptes eclesials, i tot seguit n'analitzaré a fons tres més, emparentats entre ells, que assenyalen un camí per avançar.

III. Reptes evangèlics i eclesials

12. El repte de la llibertat interior en l'Església

Cal la llibertat dels teòlegs i dels profetes. Els fets no són heterodoxos; la voluntat sí que ho pot ser. Veig un repte real i delicat en les reflexions sobre fets que amplies porcions del poble de Déu interpreten èticament de forma distinta que el Magisteri. Es genera així una mentalitat de base difícil d'enquadrar en les línies ètiques del Magisteri. Pot haver-hi diàleg sobre el sentit de les fórmules magisterials en relació amb aquests fets reals de la vida. Caldria que fos un diàleg no contestatari sinó basat en el respecte i en la humilitat. Un llenguatge hipotètic, que s'interrogués sobre el sentit precís d'aquelles fórmules del Magisteri que, segons el mateix J. Ratzinger, no són objecte d'un judici eclesial definitiu, sinó «*un ancoratge substancial en una qüestió, o tal vegada una expressió de prudència pastoral, una espècie de disposició provisional*»¹. El sentit que té la dita «*convé que hi hagi heretgies, per tal que es manifestin els de virtut provada*» (1 Cor 11,19) ens mou a ser prudents.

13. El repte de l'ecumenisme o pluriformisme interior a l'Església catòlica

També l'ecumenisme exterior respecte de les diverses confessions cristianes, amb el tema, volgut pel sant Pare Joan Pau II, de la remodelació del mi-

nisteri petri. Amb les variants de la inculturació i de la unitat catòlica. Aquests temes els he tractat en el llibre que és a punt d'aparèixer, *Vaticano II. Un Concilio para el tercer milenio*, i no cal que els tracti una altra vegada aquí.

14. L'escassetat de preveres

El desafiament, tantes vegades tractat pel Consell presbiteral, de l'escassetat de preveres i de la determinació precisa de les seves funcions essencials de servei a la paraula de Déu, als sagraments i a la comunitat eclesial, ben integrats en el presbiteri de l'Església local.

15. El repte d'arribar a les persones

Sobretot, ja que estem en el nivell pastoral, el repte d'arribar a les persones: als indiferents, als crítics, als desinformats religiosament, als catòlics no practicants, als ancians, a la infància i a la joventut i, també, tot mantenint la fidelitat a Catalunya i a la seva llengua, als immigrants de tota mena.

IV. Tres reptes que voldria considerar més a fons

16. Comunió i cooperació entre preveres seculars i religiosos, i d'aquests amb els laics

Em sembla un repte major, que vull analitzar a fons, el de la comunió i cooperació pràctica entre preveres diocesans, religiosos/es i el món laï-

1. J. Ratzinger, *Introducció a la «Instrucció sobre la Vocació eclesial del Teòleg», de la Congregació de la Doctrina de la Fe.*

cal. Veurem per què. El Concili Provincial Tarraconense va ser un fet clamorós de comunió, però no tant de sostinguda cooperació posterior. Engregar esforços conjuntats envers la unitat pastoral de religiosos, preveres, laics, suposa retrobar el Concili Provincial Tarraconense no com a simple *text* sinó com a *esdeveniment* eclesial.

És en aquest quadre de comunió/cooperació que té ple sentit la unitat pastoral i jurídica de la Tarraconense. A vegades fan nosa les paraules grosses. Als anys vint, la *Mancomunitat catalana* era una paraula ben modesta, però va fer molta feina, gairebé com si fos l'estat català. La *Conferència Episcopal Catalana* és una paraula grossa. Tant de bo que arribi a qual·lar. Però si, entretant, es pogués fer una feina grossa i ben feta darrera d'una paraula modesta, tot aniria millor i no es perdria temps.

Per què desitjo aquest fet major de la cooperació entre preveres diocesans i religiosos i laics? Perquè cada un té la seva tradició que cristal·litza en una mena d'infraestructura, complementària l'una amb l'altra. El clergat diocesà, amb la seva infraestructura territorial/parroquial arriba a tothom i pot acollir tothom, sense cap elitisme. Això permet, a més, que els religiosos facin obres de joventut, socials i missioneres. Els religiosos, per la seva part, amb els seus carismes sectorials i imprevisibles –perquè l'Esperit és sempre imprevisible– marquen els apostolats urgents i de punta.

Permeteu-me una anècdota que es pot elevar a categoria: vaig tenir ja fa

temps una trobada amb un benemèrit rector, a qui em plau evocar –Mn. Josep Segalà i Carbó, recentment traspassat– i un jesuïta que, després, esdevindria cofundador d'*Arrels*. Mn. Segalà i un servidor, del clergat diocesà, podíem oferir una infraestructura territorial acollidora i –al seu aire– missionera. El jesuïta tenia un altre objectiu: ell desitjava una obra social i religiosa que respongués a les necessitats de la gent pobre i al carisma del seu Fundador. Ambdues línies, amb el pas del temps, s'han mostrat fecundes i complementàries.

17. L'eix vertebrador del dia a dia pastoral i la pastoral extraordinària

Just acabat el Concili Tarraconense, ha apuntat un nou debat que pot ser bo d'explicitar-lo, per tal d'enriquir les posicions, no pas per tal de contraposar-les.

El moment que vivim –ignorància del cristianisme, indiferència religiosa i paganisme pràctic– demana formes extraordinàries d'evangelització si no volem empitjorar la situació referida. Entre aquestes formes extraordinàries, normalment, s'emporten la nota més elevada aquelles accions que apareixen lligades als mitjans de comunicació social. També el que respon a la religiositat popular. El comú denominador d'aquestes postures vol ser l'explicita proclamació de l'evangeli de Crist, no solament les tasques solidàries. Està molt bé, sobretot quan el desig de presència extraordinària, en els MSC o a través de manifestacions populars, no respon a una operació de manipulació

social, sinó que prové de la iniciativa de l'Esperit i del suport del poble.²

Ultra les iniciatives que preveu el Concili Provincial Tarraconense en el tema 3r sobre pobres i marginats, voldria assenyalar com a previsibles les següents activitats extraordinàries:

1r. La destinació, per part de la diòcesi i dels religiosos, de mitjans personals, culturals i econòmics, amb vista a crear institucions per a la joventut: tant moviments com centres de formació. Em permeto afegir, a més, dues línies gairebé paral·leles que suposen l'acció institucional de l'Església local i l'acció dels laics en el món;

2n. Sense que les esglésies locals facin opcions temporals sí que poden —elles i els seus membres— implicar-se com a referent ètic-transcendent en els projectes ciutadans, tot aportant-hi elements promotors de solidaritat i un horitzó esperançat de transcendència. (Fòrums de Cultura, etc.);

3r. Implicar-se a fons en la causa de la Pau, com ho ha fet Joan Pau II. En el nivell de l'Església local vol dir jugar a favor de la qualitat de vida dels matrimonis joves, a favor de la tolerància, dels drets humans, en especial els dels immigrants, al mateix temps que les esglésies locals de Catalunya romanen inculturades en una terra, en una parla, en unes tradicions i formes de vida acollidores i obertes.

Aquesta articulació —en el marc de l'Església local— del *dia a dia* pastoral i de les formes extraordinàries, i segurament imprevisibles, d'evangelització, ens permetrà ser cooperadors i administradors de l'Esperit (*servidors* de l'Esperit, vegeu *1 Cor 4,1*; *2 Cor 3,8*), en comptes de ser còmplices de la tristor i de la decadència. El repte del *dia a dia* va lligat però a coses molt concretes i pràctiques:

a) A la psicologia d'un col·lectiu que, essencialment, es comprèn a si mateix com a comunió (pel que fa a l'ésser) i com a missió col·legial i sinodal (pel que fa a l'acció).

b) A la condició celibatària del prevere. No cal mimar-lo, però la *cúpula* li ha de donar alguna cosa més que formació. És cert que li ha de donar doctrina, però, a més: reconeixement, suport i diàleg. L'Església, a Catalunya, està silenciosa? A vegades ho sentim dir. Però la Jerarquia no solament ha de donar doctrina sinó que ha de dialogar: escoltar, respondre, coincidir, discrepar, cercar el que uneix, reconciliar, ensenyar, confessar la fe, declarar el que en la vida és conforme a la fe, exhortar i, fins i tot, alguna vegada manar... Quina mena de comunió es requereix, per tant? Em sembla essencial i suficient la *presència* (o visita pastoral) i el *diàleg* missioner amb el Consell Presbiteral i amb els arxiprestos.

2. No solament no m'he oposat a aquestes i altres formes concretes d'evangelització extraordinària. Com a prova em remeto als treballs del *Tema 1er* del Concili Provincial Tarraconense. En la *Primera ponència*, els seus membres vam treballar d'acord amb Mn. Ramon Prat i Pons, i vam suggerir diverses formes d'evangelització extraordinària, ja que aquesta és també tasca de l'Església local.

Consell Presbiteral i arxiprestos representen, en efecte, els llocs canònics i eclesials on el Pastor es troba amb la seva *longa manus*, el Presbiteri Diocesà que reflexiona i, si s'escau, delibera sobre les qüestions que és bo de revisar en comú, plegats. Així, el Consell presbiteral i la reunió d'arxiprestos no són llocs de trobada convencional, com de tràmit, sinó que són els instruments del treball conjunt: de la sinodalitat que, aquí, a Catalunya, solem dir corresponsabilitat.

Si això traspua a l'exterior de l'Església, vet aquí que potser arribarà un moment que diran: «Mireu com s'estimen». Perdoneu que hagi tractat d'aquesta forma pastoral-pràctica el tema o repte major que en el meu llibre *Vaticano II. Un Concilio para el tercer milenio*, tracto en el seu marc eclesiològic com el repte de la col·legialitat i de la sinodalitat pròpies de l'Església catòlica.

18. L'opció per la comunitat i el redescobriments de l'Església local

a) Opció per la comunitat

Potser és oportú encapçalar amb una altra anècdota aquest punt. Un capellà diocesà deia sentir-se el «benziner», com si estigués dient a la gent: «Quina benzina vols? Sense plom? Súper? Què vols, un bateig, un casament? Aquí ho tens». Jo li deia que hi havia només el cantell d'una moneda, importantíssim però aquest cantell,

entre sentir-se «benziner» que despatxa productes sacres, o sentir-se el servidor o l'obrer de la comunitat cristiana, que obre la vida de les parelles i de les famílies humanes a aquell horitzó de transcendència que anticipa el Regne de Déu. El Regne que no sols és a prop sinó que penetra en la vida de la gent com un besllum de l'infinít Amor.

En aquest sentit, l'opció del Concili Provincial Tarraconense, núm. 1, per la comunitat és quelcom d'importantíssim. Aquí hi entren a més els laics. És per això que ens volem comprometre encara més a favor de la comunitat cristiana, capaç de relació i diàleg amb la gent que desconeix Crist, a la qual pot oferir un acolliment cordial, rostre viu i concret que pren el missatge evangèlic. Rebla el clau l'advertiment seriós de *Christifideles laici* per la comunitat: cal refer l'entrellat cristià de les societats humanes, però aquesta renovació ha de dur-se a terme «tot refent el teixit cristià de les mateixes comunitats cristianes que viuen en aquests països o nacions»³ («Benziner» o servidor de la comunitat cristiana?).

b) Del «dia a dia» al redescobriments de l'Església local

Per què he cridat l'atenció vers la pastoral ordinària? Perquè ella conté allò que l'Església local –l'Església catòlica que viu en un lloc determinat– ha de fer per tal de ser fidel a la

3. Ch L, núm. 34. Vegeu Rovira, J. M., «Teologia del laïc», a *Quaderns de Pastoral*, núm. 161, setembre 1997, p. 10.

seva missió, que certament deriva de la missió de Crist i de l'Esperit. Ella ha de mostrar el Crist –la seva Paraula i la seva Presència viva i donadora de l'Esperit– als homes i les dones de qualsevulla condició i situació, apropiats o allunyats, sobretot als més pobres, adolorits i marginats. No desplegar amb totes les forces aquest nucli missioner és el que posa un tel de pols decadent en les nostres comunitats, en les nostres celebracions sacramentals i en les nostres obres solidàries. No tenir prou convenciment que és possible fer-ho, és el que fa flaquejar la nostra esperança teològica en el futur de les comunitats d'Església. Si el nucli de l'evangelització no es posa de forma adient tot apareixerà desenfocat, pàl·lid, descentrat. Per això, per mostrar que està arrelat en l'ésser de la *catholica*, Tillard ha anomenat aquest nucli missioner: *la plenitud catòlica*, *le katholou*.

Certament, les nostres comunitats fan el *dia a dia* abnegat, flanquejat pels apostolats extraordinaris. Però elles han de ser vertebrades per la *plenitud catòlica*. La *plenitud catòlica* són les dues ales de la religió cristiana: la pràctica en la Litúrgia –Paraula de Déu i Sagraments– i el servei preferent als pobres i marginats i, en concret, als més pobres: malalts, ancians terminals, nens de famílies desarticulades, etc.

Sobre la litúrgia en parlaré encara tot analitzant l'estructura de l'Església local. Sobre la pobresa en el món, cal

dir que hem d'estar amatents a articular de manera lúcida la *immediatesa assistencial*, conjuntament amb la *denúncia profètica de l'Església* (també, de les ONG), amb els *canvis estructurals* promoguts pels governants, en tots els nivells (Ajuntament, Diputació, Generalitat, Govern central). Ara bé, aquest esquema d'evangelització que descansa en la Paraula de Déu i en els Sagraments, així com en l'amor fratern a pobres i marginats, és el programa insubstituïble del Concili Provincial Tarraconense.

Fem ara l'eclesiologia de la plenitud catòlica. Seguint Bruno Forte es pot donar el nom d' «*elements essencials de la catolicitat*» al nucli de la comunió i de la missió⁴. Descobrir els elements essencials de la catolicitat (el mateix que Tillard anomena *le katholou*) suposa el redescobriments de l'Església local per part dels laics, els religiosos i els preveres. Els elements essencials de la catolicitat permeten que es desenvolupi el *dia a dia* sense que tingui res a veure amb l'anar fent. És aquest nucli essencial el que tota celebració, tota parròquia, tot centre de culte, tota obra de caritat i solidaritat ha de tenir ben present per tal que sigui el nucli de la seva activitat *quotidiana*. El contingut d'aquest nucli el sintetitza també el mateix Bruno Forte amb total precisió, en donar-li com a marc l'Església local:

«*L'Església local o particular és el subjecte plenari de la missió. En ella, la Catholica és actuada amb la*

concreció pròpia d'un espai i d'un temps determinat: el Poble de Déu, reunit en l'hic et nunc de la Paraula i del Pa eucarístic, allà on Crist es fa present en l'Esperit per la salvació de tots i és enviat a estendre la força de la reconciliació pasqual a totes les situacions en les quals viu i actua. Tota l'Església local és enviada a anunciar tot l'Evangelí a tot l'home i a cada home: a la catolicitat de l'Església local en el nivell de la comunió ha de correspondre la catolicitat en el nivell de la missió»⁵.

Els carismes extraordinaris que, sens dubte, suscitarà l'Esperit s'han de centrar en la catolicitat essencial de l'Església local, tota ella missionera perquè té la Paraula de Déu (Crist i el seu evangeli); té l'Eucaristia que reuneix i construeix el Poble de Déu al voltant de la Caritat més gran; té l'Esperit Sant, fruit granat de la Pasqua del Senyor Jesús, té els Pastors units als laics i laiques i als religiosos i religioses. Aquests són els elements essencials de la catolicitat, que no es poden amagar o diluir mai perquè són el veritable eix vertebrador de tota pastoral, essència de l'Església *catholica* que viu en cada església local i, fins i tot, en les comunitats eclesials petites i pobres del nostre estimat mapa religiós. Vet aquí perquè cal dir, sense orgull però amb fermesa, que no cal que aquesta Església profundament religiosa, cristològica i espiritual, recolzi en cap braç secular ni en els poders del món. És suficient que romangui en la comunió en la Paraula

de Déu, en la pregària, en l'Eucaristia, amb el Pastor propi i amb els pobres i marginats.

Conclusió

El comú denominador d'aquests reptes consisteix en el fet que l'Església es veu ella mateixa amb una certa diferència de nivell entre el que és i el que hauria d'ésser. Dit amb altres paraules: hi ha lloc avui per un revisionisme o reformisme eclesial, possible i compatible amb la vida cristiana normal. Aquest és precisament el sentit d'aquesta lliçó.

Hem defensat un reformisme fet amb l'esperit de la comunió i de la missió, no pas amb la contraposició contestatària. Estem encara sota l'expectativa de canvis en l'Església, però això no ens descol·loca pas. Joan Pau II no es pot dir que no hagi canviat res. Ha exercit un ministeri petri mundialista. Ha buscat un tipus d'encontres de pregària amb gent d'altres religions. Ha posat el pes de l'Església en la causa de la pau i dels pobres. Ha posat el pes de l'Església a favor d'una ètica de la família, de la sexualitat i de la vida. Ens ha donat, amb *Christifideles laici* i amb *Tertio Millenio Adveniente*, instruments importants per col·laborar en l'edificació de la comunitat cristiana. Edificació en la qual la Paraula de Déu i de l'Esperit Sant —les dues mans del Pare, com deia sant Ireneu— en tenen la principal iniciativa. Que així sigui. Moltes gràcies.

5. Forte, B, *op.cit.*, p. 329.

CEP

centre d' estudis pastorals